

am

local 75

VIRUELA

PSEUDÓNIMO: **BAVARIA**

"Matar a un hombre no es defender una doctrina, es matar a un hombre"(Sebastián Castellio, 1515 - 1563).

"El fanatismo es una enfermedad del espíritu que se adquiere como las viruelas" (Voltaire, 1694 - 1778).

CUENTO

Cuando los habitantes de aquella ciudad quisieron darse cuenta, era ya demasiado tarde. Las concertinas, con sus púas y cuchillas puntiagudas, habían sido colocadas con extrema rapidez y sediciosa nocturnidad, de tal manera que ya nadie pudo entrar ni salir. Como si de un nuevo Muro de Berlín se tratase, la población quedó súbitamente aislada del resto de los pueblos de alrededor. Cientos de hombres que hasta el día anterior habían pasado inadvertidos entre las gentes del lugar, se convirtieron de la noche a la mañana en feroces soldados que, armados hasta los dientes con sus largos cuchillos y sus AK 47, fueron adueñándose de todos y cada uno de los lugares estratégicos de la ciudad: el cuartel de la Guardia Civil, la comisaría de la Policía Local, la estación de tren, el Ayuntamiento... Todo se llevó a cabo con una precisión propia de un ejército profesional, cosa que no era de extrañar ya que quien había diseñado la conquista de la ciudad había sido uno de los máximos dirigentes del ISIS en Siria que, de regreso a España, no tardó en reclutar para sus filas a nuevos extremistas. Y todo ello tan sibilinaamente, que ni siquiera estaba fichado como radicalizado islámico. Se trataba de Abdul - Muhaimin, el "siervo del Protector y Guardián".

Una vez realizada con éxito la primera fase de su plan, consistente en adueñarse de la ciudad ayudándose del factor sorpresa y, prácticamente, sin pegar un tiro, Addul - Muhaimin dio orden de reunir a todos los ciudadanos en un monte cuya cima estaba coronada por una gran cruz. Todos

los habitantes, hombres, mujeres y niños, se reunieron allí llenos de miedo y aturcidos por los últimos acontecimientos que les impedían continuar con sus monótonas vidas. Se suspendieron las clases, se paralizaron los negocios y las empresas cerraron, de tal manera que la ciudad, que hasta el día anterior hervía de vida y dinamismo, simplemente murió.

Abdul - Muhaimin, escoltado por su guardia personal, como si se tratase de una reencarnación del Profeta Muhammad, se dirigió a la gente en los siguientes términos:

"Hermanos: no temáis. Hoy ha llegado la Gracia de Allah a vosotros. Él, en su inmensa misericordia, ha querido que seáis el primero de los pueblos de Al - Ándalus que abrace íntegramente la fe verdadera y, con ella, la salvación. Hoy, hermanos, vuestros ojos ciegos por la idolatría y la impiedad se abrirán a un nuevo universo de adoración y alabanza al verdadero Dios. A Él, el Misericordioso, el Grande, os someteréis por medio de vuestro cambio de vida, abrazando su Ley, e interiorizando en vuestros corazones sus preceptos, la Sharia. Y, como primer gesto de conversión al verdadero y único Dios, esta cruz que durante años ha presidido vuestros quehaceres cotidianos y a la cual subíais devotamente a rezar, será inmediatamente destruida". Hizo entonces una señal a uno de sus guardias y al instante, sacando una carga de explosivos, voló la cruz en mil pedazos que se esparcieron monte abajo. La gente, consternada y paralizada por el horror, cayó al suelo asustada por la explosión. Los niños lloraban amargamente como si barruntasen el futuro tenebroso y surrealista que les aguardaba.

Muchas cosas fueron cambiando en los días sucesivos. La aplicación de la Ley Islámica, literalmente interpretada tal y como estaba contenida en el Corán, metamorfoseó la idiosincrasia de aquel pueblo y de sus habitantes. En primer lugar, se clausuraron los bares y la discoteca, cuyo nombre, Crepúsculo, parecía que irónicamente indicaba el fin de una etapa de libertad y el comienzo de otra de sumisión. Se prohibió el alcohol y el tabaco, internet, la televisión, la radio y las máquinas tragaperras. Las mujeres fueron obligadas a vestir el burka, cubriéndose el cuerpo y la cara, pues ésta era considerada la parte más tentadora de la mujer. Si se sorprendía a alguna que no lo llevaba, era castigada con cien azotes, teniendo el honor de dárselos su esposo si lo había, o su padre. Los hombres, después de ser circuncidados, comenzaron a dejarse crecer la barba. El cerdo se declaró animal maldito. Todas las tardes, las mujeres y los hombres, separados, eran adoctrinados sobre las ventajas de la religión

islámica: los que la abrazaban entraban en el Paraíso, eran salvados del fuego eterno del Infierno, conseguirían la paz y la verdadera felicidad interiores y se les perdonarían todos los pecados anteriores.

La recién inaugurada mezquita fue ampliada en los meses posteriores para dar mayor capacidad a los nuevos conversos. Sin embargo, consciente de que aun así no daría abasto ante el creciente número de seguidores del Profeta, Abdul - Muhaimin mandó ocupar las iglesias, destruyendo todas las imágenes, incluida la de la Patrona de la ciudad, así como purgar aquellos lugares para dedicarlos al verdadero culto del único Dios. Él mismo quiso supervisar las tareas iconoclastas y ordenó amontonar todas las imágenes rotas en la plaza del pueblo para hacer con ellas un gran fuego que purificase la ciudad de tanta idolatría. Durante un día entero, y gracias a la colaboración de algunos de los ciudadanos que abrazaron la nueva fe más por medrar en la nueva situación que por auténtica conversión, toda imagen y cuadro en la que saliera representado una Virgen o un santo, así como sagrarios, libros litúrgicos, altares y demás utensilios eclesiásticos fueron apilados para ser consumidos por la ira humana, instrumento de la divina. Abdul - Muhaimin contempló aquel esperpento de cuerpos humanos desfigurados y seccionados y se interesó especialmente por uno de ellos, que representaba una especie de soldado sobre un caballo blanco soltando mandobles a diestro y siniestro. Debajo había un letrero que rezaba: "Santiago y cierra España". Le dijeron que aquel era Santiago Apóstol que se apareció en un pueblo no muy lejano de allí, Clavijo, luchando contra los moros en la reconquista de España. Al escucharlo, la comisura de sus labios dibujó una sonrisa irónica y dijo: "no podréis cerrar este país. La voluntad de Allah, el Misericordioso, el Grande, es que se abra definitivamente a Él y a su Profeta. Y yo soy su instrumento, su mano ejecutora, su llave". Después, dio orden de prender fuego a toda esa inmundicia. Mientras oía cómo crepitaba la centenaria madera de aquellas obras, le trajeron un grupo de hombres y mujeres que habían encontrado reunidos en oración en el interior de una de las iglesias. Eran dos sacerdotes y algunos de los fieles que, desafiando las órdenes de Abdul - Muhaimin, continuaban dando culto al Dios de los cristianos, al Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Queriendo dar ejemplo al resto del pueblo de lo que le ocurriría a todo aquel que siguiera practicando aquella idolatría, mandó sin contemplaciones que fueran arrojados al fuego para que ardieran sus cuerpos junto con los de aquellos ídolos a los que tanto les gustaba adorar. Y así sucedió: aquellos cristianos, como los de hace dos mil años, fueron martirizados sin ofrecer resistencia alguna. Sólo uno de ellos, que había

trabajado de profesor de Religión en uno de los colegios del lugar, se echó al suelo llorando e imploró el perdón y una nueva oportunidad. Fue escuchado y salvó la vida, pero vivió tan triste y desgraciado que a los pocos meses se suicidó, como Judas Iscariote. Así desapareció prácticamente de aquella ciudad los últimos residuos que aún quedaba de la vieja religión cristiana.

Pasaron meses y poco a poco aquellos ciudadanos fueron haciéndose a las costumbres y ritos del Islam más radical, sometiendo su cerviz al Dios de Abdul - Muhaimin.

La vida siguió su curso: se reabrieron los comercios, las empresas y los colegios, a donde acudían sólo los niños varones para estudiar exclusivamente el Corán y la Sharia. También se contrataron profesores de árabe para que el Texto Sagrado pudiera ser recitado en su lengua original y no en traducciones que adulteraban el mensaje. Las demás materias, sobre todo, Ciencias Naturales, fueron prohibidas ya que eran consideradas meros productos de la soberbia humana, la cual no necesita a Dios para dar razón de todo lo que existe. Las niñas, por su parte, eran educadas para servir al marido, para someterse a él. Por ello, cuando alcanzaban la edad núbil se les adjudicaba un marido con el fin de acrecentar la prole y conseguir el mayor número de fieles musulmanes con los que reconquistar el país. Vientres y armas, ahí descansaban los dos pilares del nuevo 711. "Primero España, después el mundo", solía decir Abdul - Muhaimin.

Las torres de las iglesias habían sido sustituidas por minaretes, desde los cuales los muhadines llamaban a la oración cinco veces al día. Entonces, la ciudad se paralizaba para que todos, hombres y mujeres, rezasen sus oraciones, postrados y orientados hacia La Meca, la Ciudad Santa. La limosna, llamada zakat, para con los más necesitados se popularizó de tal manera que a nadie le faltaba lo mínimo para sobrevivir. Todas las casas debían tener escrita en sus puertas la confesión de fe: "no hay más Dios que Allah y Muhammad es su profeta". Los centros comerciales y las tiendas sólo vendía productos halal, es decir, alimentos permitidos por el Islam, prohibiéndose cualquier derivado del cerdo, cualquier carne de animal muerto de manera natural, la sangre... Toda carne debía proceder de animales degollados con cuchillos muy afilados para causar el menor sufrimiento posible al animal.

Durante el mes de Ramadán, el noveno del calendario lunar islámico, todos debían ayunar desde la salida del sol hasta su ocaso, absteniéndose de

comer, beber y mantener relaciones sexuales, de esta manera el fiel se autopurificaba.

La blasfemia estaba condenada con la muerte, así como el adulterio, la homosexualidad y la apostasía. Al poco tiempo la mayoría de las personas de aquel lugar, como si de un hato de borregos se tratase, fue asimilando la nueva fe, renunciando a su capacidad de pensar y de rebelarse, porque, simplemente, querían seguir vivos. Sin embargo, todavía existían algunos ciudadanos que, poniendo en peligro sus vidas, habían decidido firmemente resistir a semejante barbarie y mantener vivo el pábilo vacilante de la razón y la cordura. Primero en la clandestinidad, manteniéndose fieles a lo que habían sido y, renunciando a doblegarse ante semejante dictadura. Después desde la acción. Este grupo de valientes se hacía llamar el "Bastión de la Esperanza".

Una de las claves del éxito de Abdul - Muhaimin había sido controlar desde el principio todas y cada una de las bibliotecas de la ciudad. De hecho todo libro que no fuera compatible con las enseñanzas del Corán era considerado subversivo y pecaminoso, escrito por inspiración del Demonio e impúdico. Especialmente aquéllos cuya temática se centraba en la reflexión filosófica. Ésos eran los más perniciosos, ya que podían inducir a sus lectores a atreverse a pensar por sí mismos y a endiosar la razón, exaltándola como norma y guía únicas de todo pensamiento lógico y de toda actuación correcta. Por ese motivo, tras haber destruido las imágenes idólatras del cristianismo, Abdul - Muhaimin ordenó realizar un escrutinio de todos los libros de la ciudad, estuviesen en bibliotecas públicas o privadas. Ninguno de aquellos ídolos de papel debería librarse del fuego purificador. Por ello sus más acérrimos acólitos se emplearon a fondo durante varios días en asaltar las casas de las personas más cultas de la ciudad para arrancar de sus bibliotecas todo libro que, a su juicio, fuera contrario a la Palabra Divina. Como si se tratase de una escena sacada de *Fahrenheit 451*, decenas de montañas de libros, salpicadas a lo largo y ancho de la ciudad, iluminaron con sus anaranjadas llamas una de las noches más aciagas y tristes que se recuerdan de aquel lugar. Las bibliotecas quijotescas de la razón y el conocimiento sucumbieron ante el nuevo juicio eclesiástico de un hombre loco de Dios, cuya alma padecía las picaduras de la viruela del fanatismo.

Abdul - Muhaimin estaba orgulloso de su obra. Había instaurado un pedazo de paraíso en la tierra, un sitio en el que todo y todos giraban en torno a la Ley de Allah. En definitiva: la perfecta teocracia.

El "Bastión de la Esperanza" estaba liderado por un hombre que se hacía llamar Castellio, en honor del humanista Sebastián Castellio que, en pleno siglo XVI, fue capaz de defender la tolerancia y libertad religiosas frente al totalitarismo calvinista, sin amedrentarle las amenazas de muerte que, en el caso de su contemporáneo Miguel Servet, se hicieron efectivas. De joven había caído en sus manos un ensayo titulado *Castellio contra Calvino. Conciencia contra violencia*, del vienés Stefan Zweig y su lectura le dejó una huella indeleble en su corazón. El día en que se perpetraron los asesinatos de los sacerdotes y de sus compañeros, él lo presencié todo, y, con lágrimas en los ojos y el corazón contrito, se juró a sí mismo que lucharía con todas sus fuerzas para que aquella sinrazón religiosa desapareciera, dejando paso a una nueva era de libertad y tolerancia, en la que nadie impondría el yugo de su fe a los demás bajo amenazas y castigos. Es por eso que Castellio fue contactando con otros ciudadanos que compartían sus mismas ideas y, poco a poco, se formó un grupo de valientes cuyo empeño iba a ser la lucha por la libertad. Así es como se formaría el llamado "Bastión de la Esperanza", título que aludía al espíritu belicoso que los animaba y a la esperanza en una definitiva victoria sobre la intolerancia.

La táctica militar practicada por el "Bastión de la Esperanza" consistía en realizar rápidos ataques contra objetivos estratégicos del enemigo ayudándose del factor sorpresa, esto es, lo que viene a llamarse una guerra de guerrillas. Al principio de su hostigamiento, y aprovechándose del estado de relajación de muchos de los soldados de Abdul - Muhaimin, consiguieron algunos pequeños éxitos, entre los cuales el más importante fue la incautación de varias armas cortas, fusiles y granadas de mano, así como abundante munición y bombas con sus respectivos detonadores. Sin embargo, en estas incursiones también habían sufrido bastantes bajas. Cuando alguno de ellos era hecho prisionero, inmediatamente uno de los soldados lo decapitaba y colgaba su cabeza de un mástil en alguna de las arterias principales de la ciudad. De ese modo, Abdul - Muhaimin mandaba un claro mensaje a la población como queriéndole decir: "mirad lo que le ocurre al que se rebela contra mí, al que se niega a someterse al Dios anunciado por el Profeta, el Misericordioso, el Grande". Y surtía efecto, por lo menos al principio, porque después los ciudadanos se fueron acostumbrando a ese paisaje macabro de cabezas empaladas en medio de sus casas.

Castellio, cansado ya de hacer pequeñas incursiones y de llorar las bajas que casi cotidianamente sufrían sus filas al perpetrarlas, se reunió con los cabecillas del "Bastión de la Esperanza" para idear un plan con el que poder acabar definitivamente con esa dictadura teocrática y con su máximo representante. Había llegado la hora de liberar a la ciudad de la opresión y la sinrazón que sumían a sus habitantes en la más pura desesperación. Tras sopesar varias opciones con sus consiguientes riesgos, se decidió por unanimidad asestar el golpe definitivo asesinando a Abdul - Muhaimin durante la fiesta del fin del Ramadán, el Eid al - Fitr o también llamada "Fiesta de la ruptura del ayuno". Sería el momento oportuno, pues era casi seguro que muchos soldados y el mismo Abdul -Muhaimin, saturados por la alegría de la fiesta, se expondrían con mayor facilidad y podrían ser entonces más vulnerables. Además, debido a la masiva concurrencia que se esperaba, la oración se realizaría al aire libre, en la plaza junto a la mezquita, lo cual facilitaba enormemente la ejecución de su plan. Mientras unos rebeldes originaban el caos por toda la ciudad en una clara maniobra de distracción, otros intentarían salir de la ciudad para pedir auxilio a las poblaciones de los alrededores. El plan debía mantenerse en el más escrupuloso secreto para evitar posibles filtraciones. De allí a tres días el futuro de miles de personas, de la cultura, de la libertad y de todo aquello que durante siglos la humanidad había conseguido acumular de justo y bueno estaría pendiente de un hilo. Y de un hilo demasiado fino, pues no había otra opción: o libertad o muerte.

Un meditabundo silencio se había adueñado de los corazones de Castellio y sus compañeros. La responsabilidad que recaía sobre cada uno de ellos era de tal magnitud que sentían cómo sus almas se doblegaban ante su peso, conscientes de que de su victoria o fracaso dependía todo aquello que caracterizaba a las sociedades libres: la democracia, el imperio de la ley, la libertad de conciencia y de culto, la laicidad del Estado, la igualdad entre hombres y mujeres, el derecho a la educación, a la cultura... tantas conquistas que ya habían exigido derramamiento de sangre y que volvían a exigirlo de nuevo.

Vísperas del ataque final, Castellio, con el libro de Zweig que años atrás leyera en plena adolescencia sostenido entre sus manos, se dirigió a sus camaradas del "Bastión de la Esperanza" en los siguientes términos:

"Amigos: no pretendo arengaros ni tampoco enardeceros. Os conozco bien y sé que vuestros corazones no necesitan de mis palabras para que mañana

deis hasta la última gota de sangre por nuestra justa causa. Juntos hemos combatido este totalitarismo islámico que ha dinamitado los pilares sobre los que se sustentaba la sociedad en la que vivíamos en paz. Sin embargo, ahora ha llegado el momento de dar el golpe definitivo. Desde que Abdul - Muhaimin se hizo con nuestra ciudad e impuso la Sharia, nuestros conciudadanos, nuestras esposas y nuestros hijos han sido esclavizados, obligados a vestir, a comer, a pensar y a vivir como su Ley dicta. ¿Dónde ha quedado aquella libertad con la que crecimos para creer lo que quisiéramos, para pensar con completa autonomía y para vivir en la tolerancia y el respeto a las normas que todos nos dimos un día? Mirad este libro - dijo alzando el volumen de Zweig- en él se describe cómo la tolerancia y la conciencia son más fuertes que el pensamiento único y fanático. Calvino quiso imponer su idea de Dios por medio de la sangre y el fuego. Abdul - Muhaimin es el nuevo Calvino del siglo XXI que ha venido aquí, a nuestra ciudad, a imponernos a su Dios y a pisotear nuestra libertad, nuestras instituciones y nuestras familias. ¡No lo permitiremos! La libertad es lo más grande que posee el ser humano. Por ella, decía nuestro Don Quijote, se puede y se debe aventurar la vida. Y eso es precisamente lo que haremos mañana: aventurar nuestras vidas, sacrificarlas si fuera preciso, para que nuestros hijos puedan sacudirse el yugo que Abdul - Muhaidin ha colocado sobre sus cuellos y puedan correr ligeros hacia una nueva aurora de libertad, de tolerancia y de paz. ¡Animo pues, muchachos! ¡Ánimo, quijotes!"

En cuanto acabó de hablarles, los camaradas alzaron las voces al unísono y, como si fueran un solo hombre, comenzaron a vitorearle. A algunos de ellos se les escaparon las lágrimas pensando en los seres queridos que habían perdido, bien porque habían caído en combate, bien porque sucumbieron al horror del fanatismo y habían abrazado la nueva fe.

El último día del Ramadán amanecía claro y radiante. Desde las primeras horas de la mañana se respiraba ambiente de fiesta alrededor de la mezquita principal, una antigua iglesia que había sido el emblema de la ciudad por su imponente porte y los innumerables nidos de cigüeñas que sustentaba su espacioso tejado. La mayoría de los correligionarios de Abdul - Muhaimin estaban allí con él, fúsil en mano. El resto, custodiaban la concertina que envolvía la ciudad. La gente, más por miedo que por sincera devoción, se había ido acercando a la plaza de la mezquita para celebrar la fiesta. Abdul - Muhaimin había ordenado que todos los fieles sin excepción acudieran ese día a bendecir y alabar a Allah. Los hombres, tras purificarse,

debían vestir ropas blancas como símbolo de pureza y también debían perfumarse. De igual modo, las mujeres debían llevar platos dulces con los que convidar a los demás para simbolizar así el final del ayuno. Los niños recibirían regalos y dulces de sus familiares como símbolo del amor que les profesaban. Era un día grande en el que también se conmemoraba la entrega del Corán al profeta Muhammad y debía notarse en las calles.

A pesar de todo esto, se notaba de lejos que la mayoría de los fieles habían acudido por miedo a represalias y que la alegría que reflejaban sus rostros era falsa, pues desprendía un no sé qué de amargura retenida.

Había llegado el momento de pasar a la acción. Los miembros del "Bastión de la Esperanza", tal y como había sido planificado, se dividieron en dos grupos. El primero, el más numeroso, se dispersaría por las principales calles de la ciudad para provocar el caos haciendo explotar las bombas que habían sustraído del arsenal enemigo. El segundo, comandado por Castellio, intentaría rebasar la alambrada para huir lo más rápidamente posible y buscar ayuda. El camarada más joven, Ezequiel, era buen tirador. Aficionado a la caza antes de que fuera abolida por el régimen islámico, nadie dudó de que debería ser él quien llevara a cabo el asesinato de Abdul - Muhaimin. Era toda una responsabilidad que él asumió sin contemplaciones. Además, no le sería muy difícil encontrar un sitio estratégico desde el cual realizar el disparo, ya que su propia casa estaba ubicada en frente de la plaza de la mezquita.

El momento escogido para comenzar las hostilidades era durante la oración del mediodía, llamada Duhr. En cuanto se produjo la primera llamada del almuedano, decenas de bombas estallaron por las calles de la ciudad, provocando el desconcierto y la confusión por doquier. De igual modo, Ezequiel, sin dar tiempo alguno a que los soldados de Abdul - Muhaimin pudiesen reaccionar, disparó certeramente contra el fanático dirigente una única bala que le traspasó el corazón provocándole la muerte al instante. Los ciudadanos, al advertir la muerte de Abdul - Muhaimin, como si se sacudieran un dogmático letargo provocado por el miedo y el opio de los mantras coránicos, se alzaron contra sus opresores con la rabia propia de los esclavos que han sufrido lo indecible durante demasiado tiempo. El ejército del recién finado Abdul - Muhaimin, sorprendido por la inesperada sublevación, no pudo rechazar aquel ataque y poco a poco fue sucumbiendo ante aquella marabunta de personas que ansiaban volver a vivir en libertad.

Por su parte, Castellio y los suyos, agazapados detrás de un montículo de tierra, en cuanto vieron que los vigilantes de las vallas dejaban su puesto para acudir veloces a ver qué estaba sucediendo en el interior de la ciudad, salieron de sus escondites y, cortando las alambradas, lograron huir a toda pastilla. Pero uno de los soldados, dándose la vuelta, se percató de la jugada y disponiendo aún de tiempo, disparó sucesivas ráfagas de metralla a los rebeldes por la espalda. Cayeron todos menos Castellio que logró, gracias a la agilidad de sus piernas, escabullirse del peligro. Sin mirar atrás, Castellio había comenzado una carrera que, a diferencia de la de Filípides, no buscaba anunciar ninguna victoria, pero quizás sí el inicio de la misma.

- FIN -

NOTA IMPORTANTE

Estas páginas han sido escritas, como no podría ser de otra manera, desde el respeto más profundo a la religión islámica, así como a todos y cada uno de sus fieles. Sólo he pretendido trasladar a nuestra sociedad el infierno en el que viven miles de personas que han caído bajo las garras del fanatismo islámico. Y lo he hecho con el fin de que nunca demos la espalda a ninguna víctima de la intolerancia y, en concreto, de la intolerancia religiosa que, como suele decirse, es la peor de las intolerancias. Ya lo dejó bien claro Voltaire allá por el siglo XVIII: "el fanatismo es a la superstición lo que el delirio es a la fiebre, lo que la rabia es a la cólera. El que tiene éxtasis, visiones, el que toma los sueños por realidades y sus imaginaciones por profecías, es un fanático novicio de grandes esperanzas; pronto podrá llegar a matar por amor de Dios" (*Diccionario filosófico*, 1764, artículo "Fanatismo").

Dedicado a todas las personas, hombres, mujeres y especialmente niños (a ti, Aylan), que han muerto intentando huir de la barbarie de la guerra, como la de Siria, para alcanzar el sueño europeo.

Vale!